



ESPIRITUAL

ENCUENTRO con DIOS

LECTURA

"Manuel Ruiz Furado" S. F.

SE de un médico que aconsejaba a sus clientes hundidos sin paz ni sosiego en crisis de tipo moral, "la lectura de esos libros piadosos que irradian de sus páginas bálsamo tranquilizador".

La lectura se recomienda en este caso como un sedante, pero también como

una atmósfera que purifica y reconforta nuestra corriente vital. Advertimos que no se trata de cualquier lectura. Todos sabemos

—quizá por experiencia— de lecturas que turban, lecturas que absorben, lecturas que nos hacen superficiales o nos envilecen, lecturas que atolondran, las que divierten, las que aburren y las que ponen de mal humor. Esa otra lectura que particularmente serena, pacífica, y enciende gozosamente el alma es la que los cristianos han llamado siempre lec-

tura espiritual, lectio divina o simplemente lectio.

El cristianismo intuyó desde el comienzo los valores de esta práctica. Ya S. Pablo aconseja a Timoteo: "Hasta tanto que yo vaya, atiende a la lectura, a la exhortación y a la enseñanza" (I Tim. 4,13).

Es la consecuencia natural de la tradición hebrea. Yahvé prescribió al rey de su pueblo escogido que tuviese consigo un duplicado del libro de la Ley y leyese en él "todos los días de su vida, para aprender a temer a su Dios, guardando los extremos de esa ley" (Deut. 17,18).

El prologuista del Eclesiástico nos habla de cómo su abuelo se formó en la lectura de la ley, de los profetas, y de otros libros transmitidos de generación en generación. En ellos se contiene la sabiduría sobrenatural de que se han de imbuir los buenos israelitas (1).

La lectura del texto sagrado fue costumbre judía que heredó el cristianismo primero. En sus reuniones se introdujo además la lectura de las cartas de los Apóstoles o de los Obispos. Aquí trataré especialmente de la lectura hecha en privado, y no sólo de la S. Escritura sino de otros libros espirituales que llenan el alma de devoción y la actúan en la caridad.

Era una de las ocupaciones que llenaban el tiempo de los monjes y pasó a ser consejo indispensable a lo largo de la historia cristiana para todo aquél que desea profundizar y asentar sólidamente la vida de su espíritu. Más aún, se hizo el amigo inseparable de toda familia hondamente cristiana y de todo el que S. Francisco de Sales llamaría de "vida devota". Hoy diríamos que se hace cada día más imprescindible para todo cristiano de convicción.

(1) Según este espíritu, el Salmista dirá: «Si tu ley no hubiese sido mi consuelo, ya habría perecido en mi aflicción» (Salmo 119, 92).

Los hombres de hoy

Nos asemejamos cada día más que los hombres de otros tiempos a una central de correos a donde llegan todos los días mensajes y estampillas de los más diversos contenidos y colores. Los ojos, los oídos, la velocidad y sobre todo las muchas ocupaciones que reclaman nuestra atención mantienen a nuestro espíritu pendiente de multitud de conexiones. Es una suerte poder desconectar un momento y dedicarnos a sentir la paz, a encontrarnos con nosotros mismos y a pensar en la salud y el bienestar de nuestra alma.

La voluntad se mueve por el bien que le presenta el entendimiento. Si todo el día sólo conocemos otros muchos bienes cuya presencia sentimos, inminentes, aunque aparentes, que nos atraen, perderemos el gusto por los auténticos, profundos, pero que no procuramos hacérselos presentes. Aun en el caso de que nos mantengamos firmes e inmovibles en lo sustancial, el agua de nuestro subsuelo anímico se irá agotando, y donde podría florecer vida abundante sólo quedarán derrubios de buenos pensamientos y tal cual matojo de alguna buena obra.

"El fuego de nuestra juventud (de espíritu) se va apagando día a día con el correr de esta vida, es preciso alimentarlo, para que lo que se agosta con nuestro aviejamiento reviva por el ejemplo y testimonio de nuestros padres en la fe" (2).

Para el alma intranquila, la paz de una lectura reposada, recogida. Para el espíritu distraído, abarrotado de impresiones, seco, el jugo de una lectura espiritual reconfortante.

También los entregados a Dios

No es preciso pensar en los cristianos que viven mundanizados al observar

(2) S. GREGORIO MAGNO, «*Moralia*» ML 76, 328 C (traducción libre del latín).

el efecto medicinal de la lectura. Es quizás entre los buscadores de la perfección donde también se notaría hoy especialmente el influjo benéfico de esta práctica.

La vida activa absorbente hace que a veces se encuentre más fácilmente a Dios en una lectura de la que vengo tratando que en un rato de penoso esfuerzo para recogerse a meditar o examinar la conciencia.

Santa Teresa confiesa que estuvo 14 años sin poder meditar como no fuera junto con la lectura (3).

El alimento no sólo lo necesitan los enfermos, débiles o especialmente afectados, sino también los sanos para crecer en salud y mantener la marcha eufórica de su existencia.

San Jerónimo aconseja en su dirección espiritual: "Siempre en tus manos el libro de Dios" (4). Como en un movimiento pendular "la lectura debe suceder a la oración, y la oración a la lectura" (5).

Las fuentes

Ante todo hemos de acudir a leer la Sagrada Escritura. No todos sus libros servirán de igual modo para fomentar la devoción con su simple lectura. Se prestan sobre todo los libros Sapienciales. Con cierta preparación, también los históricos y proféticos. Pero especialmente el Nuevo Testamento. Aprovecha siempre la guía de algún sacerdote o del director espiritual que aconseje los libros que más convienen en cada momento.

(3) «Camino de perfección» c. 17, 3.

(4) Carta de S. Jerónimo «Ad Salvinam» ML 22, 724 (traducción). Se puede consultar el bello compendio de teología ascética de Gustave Thils «Santidad cristiana», ed. «Sígueme» Salamanca 1960, pp. 485-7.

(5) Carta de S. Jerónimo «Ad Letam» ML 22, 871.

Nunca con más propiedad que al tratarse de la Sagrada Escritura se puede afirmar que cuando oramos hablamos nosotros con Dios y cuando leemos es Dios quien nos habla a nosotros (6).

San Gregorio con su estilo gráfico y persuasivo escribía a un médico: "¿Qué es la Sagrada Escritura sino una carta de Dios omnipotente a su criatura? Ciertamente que si... recibieses un escrito de tu Emperador en la tierra no pararías, no descansarías, no darías sueño a tus ojos hasta que te enterases qué te escribía el Emperador. El Emperador del Cielo, Señor de ángeles y hombres te ha enviado sus cartas para tu vida, y sin embargo, tú hijo mío, descuidas temerariamente el leer esas cartas. Pon empeño, por tanto, en meditar cada día las palabras de tu Creador. Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios para que puedas suspirar con más ardor por las cosas eternas, para que tu espíritu se encienda en mayores deseos de los gozos del Cielo" (7).

Los Santos y tratadistas espirituales siempre han recomendado también algunos otros libros. Dice S. Francisco de Sales: "Ten siempre a tu lado algún buen libro devoto... y lee todos los días un poco con gran devoción, como si leyeras mensajes que se te envían desde el Cielo para enseñarte el camino y animarte a llegar hasta él". Destaca el Santo en particular: las obras de San Buenaventura, la Imitación de Cristo de Kempis, Dionisio el Cartujano, Luis Blossio, Fray Luis de Granada, La Puente, Juan de Avila, las Confesiones de S. Agustín, las Cartas de S. Jerónimo y otros. Hoy podríamos añadir a la lista: Santa Teresa, S. Juan de la

(6) S. ISIDORO DE SEVILLA, «Sentencias», 3, 8, 2 ML 83, 679. Advierte allí S. Isidoro: «El que quiere estar siempre con Dios, debe orar con frecuencia, y con frecuencia leer».

(7) S. GREGORIO MAGNO, «Carta a Teodoro médico», ML 77, 706 A.

(8) S. FRANCISCO DE SALES, BAC, Madrid 1953, p. 110.

Cruz... y entre los actuales: Thomas Merton después de convertido y trapense, Dom Columba Marmion, el P. Charles, "Cartas a un convento" de P. Lipert, algunas obras más estrictamente espirituales de Romano Guardini...

Se recomiendan por todos los autores, de un modo especial, las vidas de los Santos. Son hitos que iluminan nuestro camino y nos muestran la misericordia de Dios actuando sobre los hombres y entre los hombres. Según el mismo S. Francisco de Sales, todas las vidas de los Santos pueden ser imitadas por nosotros de cerca o de lejos. Hasta la soledad de S. Pablo ermitaño, pone por ejemplo, la podemos imitar con la práctica de la soledad en nuestros retiros. Unas proyectan más luz sobre nuestra vida. Otras son más para admirar que para imitar al pie de la letra; pero todas "producen un gusto general de amor divino" (9).

Buscando las huellas de Dios

Hemos de elegir para lectura espiritual aquellos libros que nos pongan en contacto con Dios. ¡Cuánto bien hizo aquel "toma y lee" al alma de San Agustín! De S. Ignacio se dice que leía dos veces al día la Imitación de Cristo, una por orden y otra al azar, y siempre encontraba el consejo apropiado para su alma. Santo Tomás de Aquino no se cansaba de leer las Conferencias de Casiano. Y Contardo Ferrini, seglar profesor de Derecho en Pavía, había llegado poco a poco a aprenderse de memoria el Nuevo Testamento. Podía repetir de memoria páginas enteras.

Es preciosa la descripción que un convertido de nuestro siglo XX nos hace de su experiencia religiosa en la lectura de la "Historia de un alma" de

(9) S. F. DE SALES, obra y c. citados. V. sobre lectura espiritual O. Zimmermann «T. Ascética», Buenos Aires, Ed. Semin. Metrop. 1954. I parte, párr. 43.

Santa Teresita y de las obras de San Agustín: "A menudo interrumpía mi lectura y reflexionaba sobre lo que acababa de leer. Entonces insensiblemente, los pensamientos palidecían, después se extinguían; pero yo no me quedaba solo. No era sólo el silencio con sus ruidos y suspiros lo que me rodeaba. No. Alguien estaba presente. Me envolvía. Estaba en mí. Y cuando me levantaba y me iba, El me acompañaba. Y si yo me paraba, El me esperaba.

Como resultaba fácil el orar, era feliz" (10).

A cada uno nos convendría volver a leer una y otra vez aquellas obras que en algún tiempo hicieron bien a nuestra alma (11).

Podríamos afirmar con Garrigou-Lagrange: "La vida es corta; por eso nos hemos de contentar con leer y releer aquellos escritos que verdaderamente llevan impresa la huella de Dios, y no perder el tiempo en lecturas de cosas sin vida y sin valor (12).

Aún más que la materia, interesa en la lectura espiritual la tesitura de espíritu con que leemos. Se pueden leer libros espirituales por curiosidad y aun por vanidad. Otras veces vamos con espíritu crítico a juzgar de la forma más o menos literaria, o de la profundidad de su fondo ideológico. Eso no es lectura espiritual. Por eso hemos de insis-

(10) Tomado de F. LELOTTE «Convertidos del siglo XX» ed. Studium, Madrid 1956 p. 95. Recordamos también el influjo extraordinario que tuvo en nuestra contemporánea Edith Stein la lectura de Stz. Teresa, y en Thomas Merton la Imitación de Cristo y las Confesiones de S. Agustín.

(11) Cfr. R. QUARDT, «El día en el claustro» Ed. Dinor, San Sebastián 1960 c. 8.

(12) GARRIGOU-LAGRANGE, «Tres edades», p. 1.^ª c. 16 citado por Royo Marín «Teología de la perfección cristiana» p. 3.^ª lib. 2 c. 5, BAC Madrid 1954, p. 812. Se refiere el autor aquí, no a la inspiración, sino a la señal que deja en los libros espirituales la unción de su autor cuando es auténtica y rebosa.

tir en la postura interior que tomamos al leer. Ni siquiera el aumento de ciencia espiritual es lo que directamente hemos de ir a buscar. Para eso habrá que destinar otro tiempo. La lectura espiritual no consiste simplemente en leer un libro religioso. Es en el fin en lo que hay que insistir más que nada. Si queremos sentir todos los efectos benéficos de esta práctica religiosa, hemos de ir a ella buscando el progreso de nuestra santificación, la fortaleza de la voluntad para practicar el bien, con la apertura para espíritu del que desea escuchar lo que su amado Dios quiere que haga (13).

No está falta de fundamento esta posición. Podemos aplicar al Apóstol de la pluma las palabras de S. Pablo: "Como que os exhorta Dios por medio de nosotros" (2 Cor. 5,20).

"La oración interrumpa con frecuencia la lectura, para que el agrado de la obra santa encienda el alma a la vez que la une a Dios" (14). San Bernardo decía que, como las aves cuando beben, entre gota y gota debemos mirar al Cielo (15).

Siempre pienso que conocemos poco, y aprovechamos menos, las inmensas riquezas, la inagotable fuente de salud, equilibrio y gozo del espíritu que nos ofrecen las prácticas de la secular ascética cristiana.

¡Cuánto bien haría en nuestros días la divulgación entre los seglares y la revisión entre los consagrados a Dios de una lectura espiritual sabrosa, pacífica, con las disposiciones de espíritu que hemos anotado! Aun cuando sólo fuera descolgando el teléfono que ab-

sorbe nuestra atención constante, por un momento cada día.

Animémonos, queridos, a acudir a las Escrituras, y maneje mos con entusiasmo al menos los Evangelios. En seguida que abras el libro verás el nombre de Cristo, y le oirás decir: "La concepción de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José, y, antes de que ellos conviviesen, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo". El que oyere esto se sentirá captado por el amor a la virginidad, admirará el parto, se separará de la tierra. Ni será poca cosa si, aunque sea de pasada, vieres a la Virgen juzgada digna del Espíritu Santo, y al ángel que le habla. Pero esto aún está en la superficie, si llegas hasta el final en tu consideración, despreciarás todo lo mundano, te reirás de todo lo terreno; si eres rico, no tendrás en nada las riquezas, cuando oigas que una mujer humilde en una casa humilde fue la madre del Señor; si eres pobre, no te avergonzarás de tu pobreza al saber que el Creador del mundo no se avergonzó de una choza vilísima. Si piensas esto, no serás orgulloso, ni avaro, ni robarás lo ajeno, sino más bien amarás la pobreza y despreciarás las riquezas, y así eliminarás todos los males. Cuando vieres a Jesús recostado en el pesebre, no te cuidarás ya más de vestir de oro a tu hijo, ni de recamar de plata el lecho de tu esposa. Desechados todos esos cuidados, ya no ambicionarás ni dinero ni presa.

S. Juan Crisóstomo, Homil. in. Jo. 53,3 MG 59,295.

(13) Véase QUARDT, lib. y c. citados.

(14) PELACIO, carta «Ad. Demetriadem», ML 30, 37 A.

(15) Tomado de Quardt lib. y c. cit.